

# Albert Camus

## DEL ABSURDO AL HUMANISMO



Una carrera, más que rápida, apresurada hasta el vértigo: la fama a los treinta años, el premio Nobel a los cuarenta y cuatro, la muerte a los cuarenta y seis, una quincena de obras para sostener su gloria, y pelear su proceso absurdo. Detrás de todo, más que un sistema filosófico o método de una literatura, un ansia febril, una rebeldía, una sed: de vida, de entendimiento, de justicia, de belleza. Y, ¡por qué no!, una complacencia, muy pronto combatida como quien se flagela a sí mismo: la búsqueda —tenaz, confusa, contradictoria— de un nuevo humanismo.

Se debatió entre dos máscaras opuestas de lo humano: una hecha de azar, de horror, de absurdo dirá él; otra creadora, heroica, racional, y no quiso renunciar a ninguna, sino abarcar el todo. Así lo intentó, muy joven, en *El extranjero* y el derecho, el lo vivo consumarse hasta sus mayores extremos, en la guerra, así lo expresó en una serie de libros: *El extranjero*. Buscó también, no las encontró, al menos nuevas, originales; pero su búsqueda dibujó un camino con obras de la plenitud de *El extranjero*.

### I. El hombre absurdo

Su punto de partida es la incredulidad, que afecta tanto a lo divino como a lo humano, recusando lo que Nietzsche opone a Dostoyevski desahucándolo en sus novelas. De ese agostismo definitivo, universal, enfrentado al espectáculo de la vida, nace la noción del "mundo absurdo", con un acento que evocará muchas páginas de Pascal. Así lo define Sartre: "La muerte, el pluralismo irreductible de las verdades y de los seres, la inteligibilidad de lo real, el azar, ése son los polos del absurdo". Dicho mejor, por el propio Camus, el absurdo nace del enfrentamiento del hombre y del mundo. "Yo decía que el mundo es absurdo y me apresuraba: el mundo en sí no es racional, y es todo lo que de él puede decirse. Lo que es absurdo es la confrontación de ese irracional con el tenaz deseo de claridad cuyo llamado resuena en el más hondo del hombre. El absurdo depende tanto del hombre como del mundo".

Para el hombre absurdo el mundo no le es casual que encadena el acontecer del mundo y no existe finalmente de ninguna especie que rindiera la naturaleza. La vida no son más que desarticulados momentos de presente que agotan en sí mismos todos los posibles significados, y ante ella el hombre es ajeno, un extranjero. Ése es Meursault, protagonista de *El extranjero*.

Forzoso es reconocer la lucidez tenaz de Camus y de sus héroes literarios: ésto no quieren engañarse, y se aferran a lo que es para ellos una certidumbre. "Lo que yo toco, lo que me recibe, eso es lo que comprendo", dice Meursault le preguntáramos qué toca y qué comprende, dirá sin sorprendernos pues ya lo habíamos escuchado en un libro anterior de Camus. He ahí: "Algunos momentos de felicidad". No se equivoca André Rousseaux, cuando quiere a Camus entre los filósofos de la felicidad: aunque la definición no lo abarca totalmente; hay en él un ansia de vida plena, ansia de comprensión para llevarla vitalismo, de la cual nace el esplendoroso paisaje ardiente de sus relatos.

Ocurra que este hombre "ajenado" deseará fervientemente religarse a un cosmos misterioso y armonioso donde ser un elemento viviente y feliz, y eso no le será posible entre los hombres y por el camino del amor, sino por un contacto mágico con la naturaleza. Una verdadera posesión como se verá ilustrada en ese libro de título significativo, *El extranjero*.

El extranjero y El matancero, secretamente unidos y no solo por la enunciación del tema del destino del primer momento del mundo, el mundo absurdo para ser ajeno, que sólo alcanza plenitud en cortos presntes de felicidad corporal —Meursault nada—, otra expresión del mismo universo y otra respuesta al absurdo se nos dará en *Caligula*.

Aquí está aún más claro el afán ejemplarizador y la mecánica explicativa que merodea a *El extranjero* y que trata su correspondiente destino psicológico del mundo. Caligula es el hombre que, ante la muerte de su mujer, descubre el absurdo: en vez de limitarse a contemplarlo y vivir ajeno como Meursault, quebra en apariencia la razón que se opone al caos, y se identifica con el absurdo. Allí no hay ley, y el azar reina de tal modo que él se libera mismo. Caligula repite al mundo, se pierde en él, pero lo irreductible de su razón última le hace captar la imposibilidad de su aventura y buscar la propia destrucción. Pero ya aquí aparece Quereza, que quiere la felicidad de algunos momentos y además una orden.

### II. El humanista laico

Milraux opuso a la fatalidad, a la nada, el acto heroico. Rieux, el médico de *La peste* opone su acción tesonera, sin esperanzas, porque el mundo absurdo en estado puro es aquí representado por una ciudad sitiada por la peste. Y es en esta novela de su madurez literaria que Camus comienza a desentrañar los caminos posibles que lo conducen a un humanismo.

Incluso antes, en su libro *Cartas a un amigo alemán*, Camus se decide a enfrentarse con el peligro de sus propias ideas, porque es cierto, y leyendo *El hombre rebelde* se lo percibe dramáticamente, que ese mundo absurdo es en sí una doble tentación que, por una parte, puede legitimar un nihilismo estéril y hasta el caos nazista en lo que éste tuvo de irracionalidad consentida. Al supuesto amigo alemán Camus le dice:

"Vosotros habéis elegido la injusticia, os habéis puesto de parte de los dioses. Yo he elegido la justicia por el contrario, para seguir siendo fiel a la tierra. Siago creyendo que este mundo carece de un sentido superior. Pero es que hay algo en él que tiene sentido, y es el hombre, ya que es el único que exige tenerlo. Este mundo tiene al menos la verdad del hombre y nuestra tarea es proporcionarle razones contra el propio destino". Sin el rigor y la dramática profundidad de la acción, resuena aquí un eco de la comisión de Milraux a la que Camus no podrá agregar mucho nuevo.

Lo que propondrá Camus en *La peste* es la comunidad del esfuerzo humano, y es ése, como él ha señalado, su libro más anticristiano, porque a la irracionalidad constitutiva del mundo él opondrá la capacidad exclusivamente humana de luchar en conjunto contra ese caos para sujetarlo a la razón. No es sin embargo el libro del amor, como ha observado Pierre Henri Simon, sino más bien el libro que con mayor apremio plantea la necesidad de la felicidad concreta.

El humanismo laico de Camus no ha pasado de ésta por cierto bien simple y bien antigua afirmación de una acción positiva que crea el absurdo del mundo, y ha oscilado defendiendo de las irraciones y ataques que le venían del cristianismo y del comunismo, sin llegar a establecer un campo propio de su afirmación. Incluso su alejamiento del existencialismo, al que se le atribuyó exteriormente, no ha hecho sino reducir sus posibilidades filosóficas, dejándole un territorio vago e indeciso, el de la crítica moral.

### III. El Literato

Cuando en su magistral análisis de *El extranjero*, Sartre lo aproximaba en suéto a sus rasgos estilísticos, a los relatos de Voltaire, dejaba establecido sin decirlo un parentesco que podía resultar sorprendente pero que se ha revelado veraz. Lo que se ha llamado la literatura de ideas, un modo peculiarísimo del talento francés que con esos rasgos no se ha dado originariamente en ninguna parte del mundo. La novela, el cuento, el teatro, funcionan como la "hermosa coherencia" de los autores de la literatura sensible de lo real, y bajo esta especie ve Camus la gran literatura en su esencia de la novela de Gide: "La elección de los grandes novelistas, de escribir con imágenes más que con razonamientos es reveladora de un pensamiento que les es común, persuadido de la inutilidad de todo principio de explicación y convencido del mensaje educativo de la apariencia sensible".

Es la misma situación en que se encontraba la creación de un André Gide, con tantos puntos de contacto con Camus, aunque más escrupuloso por el estetismo y por la moral esteticista, mientras el segundo se dramatizaba ante un afán genealógico. Pero estas inclinaciones ideológicas no ocultan lo que ambos son primordialmente y la categoría en que deben ser juzgados literatos.

El literato Camus, obsesionado por la intensidad deslumbrante de una naturaleza tan fella como destructora —en una palabra, bárbara— acogido por el caos de una sociedad en ebullición y por el fracaso de un orden ideal, encontró la más tenaz, ardorosa y austera expresión escribiendo *El extranjero*, que es su mejor libro. Porque aquí la explicación viene a posteriori, en el mito de Babilis, forzando muchas veces lo que en su relato es la expresión lírica, seca, precisa, de una sensación de la vida, irreductible a toda explicación racional, y eso es el arte.

Incluso *La peste*, como muy recientemente la vida, están a pesar de su armonía expresiva, de su lenguaje diestro, de su sensibilidad estética, demasiado apremiados por los cuadros explicativos que previamente fueron trazados en las Anotaciones sobre la rebelión.

Su mejor acento Camus volvió a recobrarlo, y parcialmente, en los cuentos de *El exilio y el reino*, sobre todo en "Confesión de espíritu", significativamente los mejores momentos narrativos los alcanza cuando recupera en las tierras un mundo que es único, el de su infancia africana. Porque Albert Camus fue en la literatura europea un escritor esencialmente, más íntimamente que un Moravia o que un Kazantzakis, y francés por adopción de cultura y de pensamiento, conservó un sabor agreste, áspero, una sensibilidad original y estética, un ardor y una armonía violentos, que encuadran y justifican sus mejores relatos.